

Selección
Ignacio Arnold y Carmen García

Edición
Julieta Marchant

Diseño
Margarita Ibañez

Diseño de íconos
visualogica .com

"ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS: LOS MEJORES 100 CUENTOS"

© **Fundación Plagio**
Registro de Propiedad Intelectual N° 215.841
ISBN: 978-956-8828-03-5
Primera edición: mayo de 2012
Tiraje: 25.000 ejemplares

Se terminó de imprimir en abril de 2012 en Quad/Graphics
Av. Pajaritos 6920, Estación Central, Santiago.

www.antofagastaen100palabras.cl

DISTRIBUCIÓN GRATUITA / PROHIBIDA SU VENTA

La Plaza Colón, el Balneario Municipal, la calle Baquedano, la Portada y la inmensidad del desierto son algunos de los escenarios en los que transcurren las historias de “Antofagasta en 100 Palabras”. Historias de trabajo y esfuerzo, de amor y desamor, de los recuerdos y vivencias que deja el pasado y que van moldeando el futuro. Éstas son las historias que vemos plasmadas en el libro que tienen en sus manos, y que reúne los 100 mejores relatos de las versiones 2010 y 2011 de este certamen que ha despertado tanta inspiración en hombres y mujeres de esta bella tierra nortina.

Para Minera Escondida presentar esta primera recopilación es un privilegio, ya que creemos que iniciativas como éstas contribuyen a fortalecer la identidad y la diversidad cultural de los habitantes de la Región, al poner de manifiesto su riqueza y creatividad.

Con ello alcanzamos también uno de nuestros objetivos como organización: aportar al desarrollo cultural del país favoreciendo el acceso y la participación, formando audiencias, creando capacidades, y rescatando y difundiendo el patrimonio. Todo ello a través de actividades gratuitas.

Éstas son historias que viajan con el viento, que recorren el país, que renacen, resuenan y se entrelazan con las experiencias y realidades de otros hombres y mujeres, procedentes de los más diversos orígenes y dedicados a todo tipo de oficios y actividades.

La publicación de los mejores 100 cuentos del concurso “Antofagasta en 100 palabras” y la distribución gratuita de 25.000 ejemplares es una forma de difundir la riqueza literaria que anida en los habitantes de la Región, y de agradecer la respuesta a esta convocatoria.

Queremos, asimismo, entusiasmar a aquellos que aún no se han atrevido a participar y contar sus experiencias en las próximas versiones del concurso. Los invitamos así a animarse y sorprendernos con sus relatos. Hay una Región entera esperando oírlas.

Minera Escondida

¿Cómo describir a Antofagasta? ¿Cómo imaginarla? ¿Es aquella que está representada en mapas, libros de viaje o postales? Es probable que no. No se le hace justicia a la complejidad de una ciudad cuando se la reduce a imágenes únicas y uniformes. Al contrario, creemos que las ciudades se componen necesariamente de fragmentos, que son las cientos de visiones particulares y pequeñas experiencias cotidianas de sus habitantes. Como las que aparecen en estos cuentos. ¿Cómo surge Antofagasta de todos ellos? La ciudad no es la suma promediada de sus fragmentos. Éstos, más bien, conviven. Sin ser necesariamente coherentes entre sí ni responder a una lógica mayor, forman una coexistencia dinámica y azarosa. Como cuando se mira por un caleidoscopio y se lo hace girar. Hay fragmentos brillantes, otros más oscuros, que aparecen y desaparecen, formando nuevas configuraciones.

Este libro pretende ser una especie de caleidoscopio de la ciudad. Una suma de fragmentos que se pueden leer sueltos, en orden o al azar, creando infinitas figuras. Los invitamos a mirar a través de él y descubrir Antofagasta desde imágenes nunca vistas. Imágenes donde una mujer teje una gran frazada para cubrir la Plaza Colón,

donde un hombre y una mujer suben diariamente las escaleras sin estar predestinados a encontrarse o donde una anciana muere sin nunca haber ido a los patitos de avenida Brasil. Donde el desierto se convierte en la cancha de fútbol más grande del mundo, se escucha el ruido de la mina y sus radios, las palomas se comen los sueños y el viento sopla sobre los cementerios abandonados.

Nos alegramos de presentarles por primera vez este libro, que reúne los 100 mejores relatos recibidos en las versiones 2010 y 2011 del concurso. Esperamos que sea un incentivo para los antofagastinos a seguir escribiendo sobre su ciudad. Y que, para el resto de los chilenos, sea la oportunidad de saber que Antofagasta es mucho más que la Portada emergiendo del mar.

Fundación Plagio

Receta

Primer lugar 2010

Sacuda enérgicamente hasta que la tierra tiemble, pase los ingredientes por cedazo, agregue líquido y deje decantar. Luego ponga a fuego lento y deje enfriar hasta lograr un color cobrizo.

Gabriel Becerra, 46 años, Antofagasta

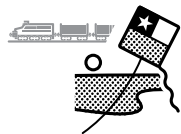


Remolinos de tierra

Mención honrosa 2011

A esa hora en que los cerros de Antofagasta cambian de color, los vientos marinos se van a jugar por las quebradas traseras. Se visten de remolinos de tierra que juegan persiguiendo trenes cobreros. Cuando se cansan, se duermen en cualquier convoy. Al final alguien los despertará en un puerto o en altamar.

Higinio Cortés, 57 años, Antofagasta



En órbita

He visitado La Portada mil veces y siempre es una oportunidad para resolver su enigma. Y es que esa forma de arco no es coincidencia. Un niño tenía el presentimiento de que ahí, en tiempos sin memoria, vivía una araña gigante que desplegaba su tela al interior, lo cual es lógico si piensas que los peces saltan y a las gaviotas les gusta volar de un lado al otro del orificio. Yo no comparto su hipótesis, es muy infantil, más bien creo que con una buena cuerda esta estructura la utilizó Dios para arrastrar a la Tierra a su actual órbita.

Marco Velásquez, 30 años, Antofagasta



Maqueta

Primero, de base, una gruesa capa rocosa. Encima de ésta, tierra y arena. En un costado rellenas con agua marina, y en el otro con arena de desierto, obviamente. Para finalizar distribuir en ciertos puntos de la “maqueta” cobre y salitre. Mucho después, la poblamos.

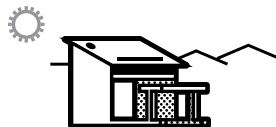
Paulina Julio, 15 años, Antofagasta



Retorno al silencio

Comenzó de improviso. Alguien había inventado el nitrato sintético, sal de características mágicas como comprobé después. En un principio eran las cosas pequeñas que desaparecían, cosas que nadie extrañaba al instante. Lápices, sacapuntas y cuadernos se esfumaron, después siguieron tizas, borradores y pizarrones. También los pupitres y profesores dejaron de estar. Lo mismo aconteció con mis compañeros y mi dulce vecinita. Luego fue el turno de mi escuela. Una mañana al despertar, no estaban las grandes máquinas, el campamento ni mis padres. La salitrera había desaparecido, sólo quedaba el viento, ese viento que desgarró el silencio de los abandonados cementerios.

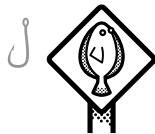
Elizabeth Lohse, 29 años, Calama



El gran lenguado

El chango Coyoyo como todos los días recorría las playas chispeando a los lenguados. Capturar el pez más grande de su vida era su sueño. Así sucedió que pescó un enorme lenguado que tuvo que llevar al hombro para el pueblo. Al llegar estaba tan cansado que no se dio cuenta de que con la cola del pescado había dejado un sendero, el que más tarde sirvió para construir la calle desde el pueblo hasta la playa.

Rubén Pizarro, 50 años, Antofagasta



Modernidad

“Me levanté y otro monstruo gigante se edificaba frente a mi habitación”, dijo el Quijote a Sancho, mientras trataba de mirar la costa desde el balcón.

Marcela Elgueta, 28 años, Antofagasta



Pisando firme y volando alto

Mención honrosa 2011

Pasaron por el Mercado para comprar las cosas del almuerzo. Sabían que en la casa había un paquete de arroz. Ya estando en el paradero, se dieron cuenta de que se hacía tarde y que las bolsas cortaban sus dedos. Ella y los niños se subieron a una 7, la que llega más alto en la ciudad. Se bajaron donde siempre y comenzaron a caminar lentamente. A los tres les empapaba el cansancio en la espalda. Claudita iba como flotando cuando preguntó: “Mamá, ¿por qué vivimos tan arriba?”. “Camina no más, hija, que este es un atajo al cielo”.

Lesley Prieto, 25 años, Antofagasta



La ruta

Hacía mucho que no sentía ese miedo. El mismo que sintió a los once años cuando debió dejar el primer paquete en el “Patelancha” cuando era un peladero. Bajando por las quebradas ásperas de Caspana, el frío parecía clavarse como daga oxidada. Sentía el respiro de los tiras en la nuca, pensando sólo en la ruta del retiro y llegar a la Chango López. La tía Olivia lo escondería en su arrumaco de comida tibia. Siempre dice que desde la Chango el mar es más lindo. Desde esa altura está seguro... esa vista nunca se la podrán quitar.

Juan Véliz, 36 años, Antofagasta



El rehén

Mención honrosa 2010

Soy un rehén en este desierto. Cuido una caseta en medio de la nada. Viajo a Antofagasta dos veces al mes a comprar películas y comerme una empanada de mariscos en el terminal. No tengo amigos o, más bien, mis amigos son Dexter, Bauer y Soprano. Convivo en la soledad del desierto con asesinos televisivos que me espantan y me advierten de guardar silencio cuando voy a viajar. El otro día estábamos viendo una película juntos y noté una mirada extraña en Tony. Le pregunté qué ocurría y me dijo que llevaba varios días pensando en cómo deshacerse de mi cadáver.

Cristián Muñoz, 52 años, Antofagasta



La escopeta

Hasta que decidimos volver a colgarla en la pared habían pasado años. La vieja escopeta estuvo guardada en casa de unos tíos de derecha, luego un primo la recuperó para él. La historia decía que era el arma que había causado todos los pesares a esta familia de mierda. Durante un registro de la policía secreta, nadie supo nunca responder a un sargento bruto dónde estaban los papeles de esa arma que era una reliquia de la familia. Cárcel, tortura, exilio, desintegración familiar por una carabina que no tenía ni siquiera gatillo.

Cristián Muñoz, 52 años, Antofagasta



Viaje a la eternidad

Fue un largo viaje en tren. Se vino calladito. Llegaron al amanecer. Hacía mucho frío. Ella traía la malla en una mano, donde venía muy arropadito. Era el regalo que la abuela había enviado a su nieto preferido para una cazuela en su cumpleaños. Al llegar a su casa en la Chango López, dejó la malla en la cocina. Cuando ella volvió, encontró el suelo emplumado. La puerta estaba entreabierta. En la calle, Bobby hurgueteaba desafortunadamente algo sobre la acera.

Sandra Riquelme, 43 años, Antofagasta



Agua

Seis de la tarde, es jueves. El sudor y el polvo visten mi cuerpo, preparo mi bolso, me lavo la cara y partimos. En el camino, un hombre cuya piel parece de chocolate nos golpea la ventana, insiste exhaustivamente en que le compremos un agua mineral. Nos muestra el envase que a pesar del calor de la pampa se ve fresco y helado como nunca. Me giro y puedo ver cómo nos persigue mostrando en su mano derecha el agua que no compramos.

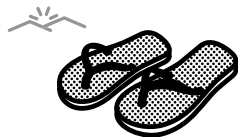
Linda Castillo, 26 años, Antofagasta



Verano

El sol implacable empezó a cernirse sobre las piedras lejanas, y no tuvimos más opción que volver a casa. La brisa salada ejercía de caféina para nuestros sentidos, agradecidos de que el sol estuviese recién despertando. Yo no lo iba a reconocer en voz alta, pero me gustaba esa picazón en mi piel, los días de verano eterno entre la arena candente y el océano refrescante. Caminamos por las avenidas sin pronunciar sonido alguno, sin escuchar otro que el de las olas rompiendo en la costanera y quizás nuestros pasos perdidos entre las ruinas de Huanchaca y el Balneario.

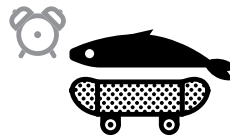
Gabriela Saavedra, 23 años, Antofagasta



Prisionero de los prejuicios

Ayer llegué tarde. Fue una buena noche. Hoy la alarma no sonó. Me desperté exactamente a las ocho con cuatro minutos. Corrí a sacar la venda para cubrir mis enormes alas. Debo ser cauteloso con las plumas. No alcanzo a desayunar. Mejillones está muy lejos y las clases empiezan en seis minutos. Por suerte me acompaña el skate. El viejo de inglés de seguro me anota en el libro. Quiero que el día pase rápido. Me muero por un jurel. Son las siete de la tarde, y estoy listo para quitarme estas desagradables vendas y volver al skatepark.

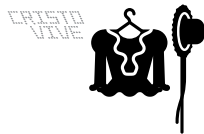
Diego Briceño, 14 años, Antofagasta



Saya

Camila baila por la mañana, por las tardes cuando evita la siesta y en la noche con sus amigas del barrio. Su baile preferido es la saya. Aprendió la mayoría de los pasos gracias a su difunta abuela Susana, a quien aún evoca gran parte de las mañanas solitarias al ensayar. Hoy es la presentación frente a un cúmulo de personas, ella está muy nerviosa. Antes de salir al escenario, Camila contempla el “Cristo Vive” estampado en el cerro; reza el padrenuestro y le ruega éxito a su ángel preferido, que merodea paciente entre las butacas.

Carlos Ríos, 17 años, Antofagasta



Danza nocturna

La noche encendió las estrellas. La luna iluminó la pista de la pampa. El viento sopló su quena animando la velada. El remolino invitó a la arena a bailar un vals. El pimiento y el algarrobo aplaudieron la coreografía. El frío llegó repartiendo gélidos abrazos. Los fantasmas de las calicheras salieron de sus escondites y danzaron con sus sombras. Las piedras se mantuvieron inertes ajenas a la algarabía. Las nubes escondidas al fondo del desierto se acercaron con timidez. La camanchaca llegó de madrugada cuando el delirio de los invitados se apagaba con los primeros rayos del sol.

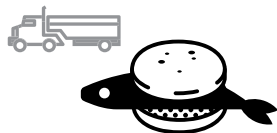
Manuel González, 64 años, Antofagasta



Sándwich de pescado

Ya son las ocho y me queda todo un turno por delante, entro al Cobreloa y me siento en la esquina que da a la ventana. “Deme lo de siempre, señora Rosa”. Veo pasar un par de pingüinos corriendo por la calle. Entra el médico de la posta y un camionero que sigue pal norte, nos saludamos cada uno desde su mesa. Por fin traen el sándwich de pescado y un tazón de té. Mientras todos comemos lo mismo pienso en la suerte de vivir en este lugar.

Iván Poblete, 37 años, Antofagasta



Cien horas mirando las luces

El aire va entrando por la ventana. Está frío. Muy frío. Inhalo. Exhalo. Me cuesta trabajo inhalar con el auto tan rápido. Alguien pone la radio. Es un blues de un grupo que desconozco. Comienzo a derretirme ahí mismo en el asiento. Así es como mis ojos bailan girando en trescientos sesenta grados, digiriendo esos relámpagos que surcan el parabrisas. Ríen atrás. Yo no entiendo. No quiero entender. Quiero seguir disfrutando de mi primera vuelta en esta ciudad. Río. La gente me ignora. Río más fuerte. Estas luces me llaman. Quieren que me baje a bailar con ellas.

Alfonso Araya, 20 años, Antofagasta



De noche

La 114 me dejó en el centro, era de noche y me había bajado en una parada equivocada. El centro a esa hora ciertamente se transforma, se maquilla y se pone tacón alto, es oscuro y a la vez brillante de lentejuelas y escarchas, el aroma de ahora es embriagante, alcohólico y trasnochado, y las risas ya no son tan inocentes, se confunden, me confunden. Antofagasta de noche es una estrella de cine, sale a bailar entre vasos de cerveza y aplausos torpes, se ciñe lycra colorinche y se pone peluca para que no la reconozcan.

Gladys del Carmen Badilla, 61 años, Antofagasta



Vida escondida

Entrecerrando los ojos para protegerlos del sol, Lucho buscaba en la calle Baquedano la dirección que le había anotado su compadre al partir de Chillán. Con un bolso pequeño y unas pocas lucas, llegó a Antofagasta buscando la vida, “acá es otra cosa, acá se gana bien”, le dijeron. Desperdiciaría la tarde en acomodarse, pero mañana mismo se presentaría en la mina. Sabía que esa era la oportunidad de tener una vida diferente, comprarse un autito, linda ropita, mandar plata a su familia e incluso embriagarse con alguna dama cuando de noche se encontrara insaciablemente solo.

Paulina Fica, 25 años, Antofagasta



Calles

La Marlene tiene los ojos oscuros y la risa fácil. Sale cuando el sol se oculta en el Pacífico y camina por calle Condell hasta llegar a Sucre. Se para en la esquina y segura de su escote generoso, su pierna torneada y sus labios carmíneos, obsequia miradas y besos a los hombrones de rostro ceñudo. Reconoce a los mineros cuando les huele su necesidad de amor y olvido. Su tía Filomena, regenta del Farol Rojo, dice que ellas son las heroicas meretrices, que han levantado el puerto para que no muera tragado por el mar del olvido.

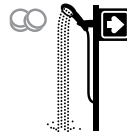
Soledad Montecinos, 37 años, Antofagasta



Propina

A Ricardo le gusta darse una rica ducha en las tardes calurosas. Se quita sus prendas hasta quedar solamente en sus gastados y sucios jeans, y se enjabona el cuerpo sin prisa (siempre empezando por el pelo y acabando en los dedos de los pies). Cuando termina, Ricardo le pasa unas monedas al jardinero, recoge sus pertenencias y, haciendo caso omiso de la gente que lo observa, sigue su camino por la plaza Brasil.

Valentina Irrazábal, 17 años, Antofagasta



Primer sueldo

Don Darío entró al banco de la plaza Colón. Le dijeron que tenía que preguntar por un vale vista parece y que después mostrara su carné. Ya recién pagado se fue derecho a comprar un kilo de pan y una Coca-Cola de tres litros. Los cabros estarían más felices esperándolo en el parque Brasil, comerían y después se irían a dormir al Hogar o a la playa Las Almejas.

Rodrigo Silva, 38 años, Antofagasta



El periódico

Recogió el periódico que alguien dejó olvidado en un banco de la plaza Colón y lo leyó en su totalidad, especialmente la sección de economía y negocios. Filosofó sobre la buena situación del país, recordando su pasado no muy lejano. Leyó sin mayor ánimo el horóscopo que decía: “Se le avecina una buena semana en lo económico y sentimental. Su número es el 2”. Bajó al sector del terminal pesquero y, al pasar, recibió una cálida sonrisa de una mujer. Más tarde alguien le regaló \$2.000 a su habitual mendicidad. Por lo menos el diario en algo no mentía.

Carlos Massardo, 46 años, Antofagasta



El Osvaldo

Osvaldo y su perro Alcachofa tapan hoyos –de esos que hay en todas las calles– en la Vega Central. Junta sus pesitos, pero lo único que hace con el dinero es consumir drogas cuando llega a la población, mono tras mono de pasta base. Al llegar a la esquina se planta pedazo de show, baila la botellita con la media peluca, con una petaca de \$950, se la toma al seco y con un guachupé, lentamente la pasa por la garganta.

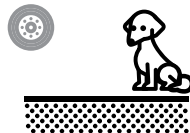
Cristián Valdivia, 17 años, Antofagasta



Quiltro

Pudo haber tenido muchos nombres; o ninguno. Lo cierto es que nació en la calle, y desde muy temprano sus ojos se pasearon, itinerantes, por toda la ciudad, desde la Chimba hasta Coloso. Pero un día cualquiera, se dejaron de ver. Cuando sus compadres lo encontraron, aplanado como un choapino sobre el pavimento, le rindieron un último aullido. Su mejor amigo se quedó junto a él varios días viendo cómo cambiaba, de un tapiz a una silueta descolorida, desapareciendo con el pasar de los neumáticos, integrándose al asfalto. Cuando hubo transmigrado por completo, se levantó y se fue.

Patricio Oro, 39 años, Antofagasta



Reacción de unos peces frente a una dama moffletuda

En bikini dorado se retira semidesnuda, desfachosa, de entre la gente. Posa su cuerpo de morsa impúdica sobre los zacatales públicos del parque Japonés. Como el Balneario Municipal tiene un sobrecupo notorio de cuerpos en horizontal y regados azarosamente, le resulta apropiado su estiramiento grasóleo y celulítico a orillas de la sarta de peces que la miran asombrados, bajo la facha milenaria de su fuente. La moffletuda dama genera en ellos una ansiedad tal, que en su colorinchosa elegancia –como banderillas flameantes– mordisquean con ojos de orate en fiesta la bazofia variopinta que flota repugnante a guisa de un vals.

Camila Rivera, 23 años, Antofagasta



El macho posero

Ya estoy casero con tantas fotos que me han sacado. No saben acaso que fui el más fiel amigo de los calicheros. Nací en Colla, de una yegua chilena y un burro palomino. Junto con el patrón recorríamos la cordillera. Bajábamos agua del Loa visitando cada pueblo hasta llegar a casa a descansar. Un día vi a mi madre partir entre carretas. Al llegar el atardecer sólo me conformaba con el rebuznar de mi viejo padre. Así pasaron los años hasta que mi patrón murió, ahora me han retratado en bronce, como fiel testigo de una época no muy lejana.

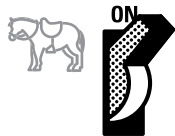
Roberto Pastén, 19 años, Antofagasta



El fotógrafo y el caballo

El señor de la plaza Colón tiene una cámara, una cámara muy sencilla. También un caballo, pero parece que está medio enfermo el caballo: casi no se mueve, está puesto, quieto... sólo mira. Él se sienta todos los días en la misma banca, con su cámara y su caballo. Y su cámara y su caballo siempre están listos por si aparece el niño que venía a tomarse la foto, que desapareció en el paso apurado de su madre. Cuando el señor se cansa apaga su cámara, y su caballo siempre lo espera, pero antes de apagarse prefiere quedarse dormido.

Pamela Mora, 22 años, Antofagasta



Resurrección

Llegó como de costumbre al terminal pesquero en busca de una cura para su malestar. El lugar está atestado: a él no le importa, es paciente. Pide una sopa marinera y se lanza a ese mágico pote de greda el cual parece contener los secretos del mundo. Robustos choros y almejas son coronados por una espesa capa de verdurita verde. El caldo caliente espera restituir en cuerpo y alma al viandante. Tras consumir generosas porciones, se siente un hombre nuevo. Periódico en mano, se fue a recorrer las calles en busca de un nuevo milagro.

Marcelo Rojas, 28 años, Antofagasta



2010

En las calles de Antofagasta, especialmente en los alrededores del centro, se puede encontrar a veces a un hombre deprimido y ansioso, a quien si se le pregunta ¿qué hace?, ¿quién es?, responderá con una entonación levemente conocida. Alberga la ilusión de que fue uno de los mejores escritores de Chile, y espera persuadir a la gente para que lo quieran. Referente a toda otra cuestión, creo que está pasablemente sensato.

Cristián Muñoz, 52 años, Antofagasta



La Chela Lira

Premio al talento joven 2011

La puerta que conducía a la habitación de descanso se abría. Pasaban horas antes de que ella, la residente, soltara el pincel que amaba como a su vida. Se sentaba bajo los cuadros de Nemesio Antúnez que yo solía mirar. En su mano un café recién servido y en el cuello una larga bufanda con plumas moradas, que ella llamaba su inspiración. Encendía la luz, pues ya caía el sol, y nos relataba sus historias por el mundo hasta que el reloj marcaba las diez. Tomaba su pincel, nos sonreía y volvía a trabajar.

Angelina Alfaro, 15 años, Antofagasta



Salar del Carmen

La agonía del fin de mes, el santo mirando a la pared, la bacinica bajo la cama, el rosario entre la almohada, la ropa tomando formas en el ropero, la palmatoria, la vela derramada y un gato, un gato en la ventana.

Rodolfo Henríquez, 32 años, Antofagasta



Retazos de colores

Mención honrosa 2010

Juanita Quiñones se sienta en la entrada de la Catedral, de lunes a sábado, a las nueve de la mañana y con puntualidad inglesa. Los transeúntes la ubican, pero desconocen su nombre. Con restos de lana que va uniendo en nudos ciegos, teje a croché con dedicada concentración cuadrados de todos los colores: azul, verde, naranja, amarillo y blanco. Los guarda en forma ordenada dentro de una bolsa que esconde bajo la frazada con la que se cuida del reuma. Dice que le faltan unos años más de cuadraditos para alfombrar completamente la plaza Colón.

Soledad Montecinos, 36 años, Antofagasta



Eva vendió cigarrillos en Chacabuco

Tenía autorización para vender cigarros a los presos políticos en 1973. Sin querer se transformó en su servidora. El bodeguero era un preso que le entregaba cartas de los otros presos para sus familiares. Allí habían médicos, el alcalde de Copiapó, y tantos otros menos conocidos. De regreso a Antofagasta despachaba por correo esas misivas; tenía temor de ser sorprendida, pero su compromiso era superior al miedo. Valoraba su misión, la consideraba venida del cielo. Un día cualquiera le dijeron que no volviera, pues los presos serían trasladados. Eva siempre los recordaba. Murió plácidamente en su sillón favorito en 2006.

Tamara Rodríguez, 62 años, Antofagasta



Pirula, pampino

Pirula fue el mejor wing izquierdo de la historia de Pedro de Valdivia. Había llegado en un “enganche”. Se enamoró de Estela, de legendaria belleza. Se emborrachaba por despecho. Ella lo engañaba, él la golpeaba. Se amaron con frenesí. El día en que hallaron sus pulmones llenos de silicosis, partió a Antofagasta. Recaló en la Villa Frei. Puras casas salitreras. Jugaba brisca, bebía cuba libre, criaba nietos rebeldes y componía zapatos. Una madrugada de febrero, a los noventa y siete años y trece días, cerró sus ojos antiguos para siempre. A lo lejos se oían los sones de la Sonora Huambaly.

Marcela Mercado, 40 años, Antofagasta



Mi abuela Violeta

Detrás de su nombre hay honor y respeto, su mayor virtud es la soberbia, pero paradójicamente se revierte al momento de describirla. Mujer pampina, de cabello gastado por sus nueve hijos, voz pasiva pero delirante, un poco gorda, comunista y astuta. Aunque su inteligencia no va en las letras, puesto que nunca aproximó sus manos a un banco de clases. Ellas se alzaban para acelerar la masa del pan y revolver los caldos en las ollas comunes de Coya Sur. También las utilizó para enrojecer las mejillas de mi tío cuando se escapaba al baile.

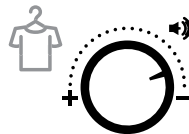
Ariel Aracena, 20 años, Antofagasta



El domingo al estadio

Los domingos eran especiales: el abuelo llegaba a casa, se almorzaba temprano, la radio sonaba fuerte y se esperaba para ir al partido del CDA. Vivía junto al estadio, ergo, por los gritos sabía los resultados. El silencio era una mala advertencia. Si perdían, mi tío culpaba a mi padre por asistir al estadio con polera rosada y mi abuelo no hablaba. Si ganaban, sonaban los bombos, mi abuelo me compraba maní confitado y se cenaba viendo en televisión los goles. Hoy no veo gente, bombos, ni goles y cómo extraño el sabor del maní confitado.

Karla Herrera, 34 años, Tocopilla

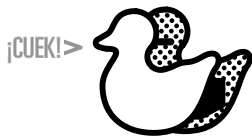


De lo que es un desperdicio

Primer lugar 2011

Nació y murió en Antofagasta y nunca fue a los patitos de la avenida Brasil.

Guillermina Bustos, 70 años, Antofagasta



Los carrunchos

El riel parecía sudar frío cuando la camanchaca bajaba y se posaba sobre la vía férrea. Dionisio esperaba parapetado con su cuadrilla el paso del tren, luego de haber reparado una “tiradura” en la vía. Sentados alrededor de una hoguera hecha con durmientes, bromeaban y contaban historias para acortar el tiempo. El Vareleta, un viejo carruncho, siempre contaba una historia que rozaba lo fantástico: “No me van a creer muchachos, pero anoche vi pasar un alma por la vía, cerca de donde está la animita del finado Ramírez”... y a los más jóvenes parecía correrles un hielo por la espalda.

Juan Vergara, 41 años, Antofagasta



Campioni

El italiano llegó procedente de Buenos Aires, había aprendido a descargar y estibar en el puerto argentino, así que no tardó en ganarse la vida acunando sacos de salitre en el muelle. Por las noches se quedaba escrutando el cielo sobre los ocres cerros que componían su paisaje de soledades, el vaivén de las aguas, el ulular del las olas le traía de vuelta su Italia lejana. Un día calló por dentro porque se lo comió la pena y se fue a boxear a Pampa Unión, allá se hizo campeón.

Luis Aguilar, 36 años, Antofagasta



Ahí va el campeón

Mi viejo dijo “vamos al ciclismo en Las Almejas”, decía las cosas de manera que uno las imaginaba. Estaba expectante, me habló del embalaje, me mostró cómo los ciclistas se paraban en los pedales, desplazaban la bicicleta hacia la derecha mientras cargaban el cuerpo a la izquierda para ganarle al viento. Cuando eso ocurrió, vi su relato puesto en el pavimento para mí, terminó la carrera, me acercó al pódium y dijo: “Vamos a saludar al campeón”. Siempre veo equipos de ciclistas saliendo de Antofagasta, toco la bocina, ellos levantan sus manos, yo levanto la mía... ahí va el campeón.

Emilio Torres, 45 años, Antofagasta



En el fondo del mar

He vuelto a Antofagasta, han pasado años desde que mi abuelo murió, él fue un inmigrante italiano, pescador artesanal y dueño de un viejo falucho. Aún lo veo, mirando al horizonte, añorando aquellos tiempos cuando varaban jureles, anchovetas y ostiones. Antes de morir me dijo: “En estas áridas tierras he conocido la felicidad, y aprendí a amarla, cuando entendí que su riqueza estaba en el mar, donde los tupidos bosques de huiros se mecen con las mareas”. Ahora, mientras buceo, aquellos bosques han desaparecido, sólo hay piedras desnudas y un frío silencio, donde se desvanecen las últimas palabras de mi abuelo.

Juan Aguirre, 42 años, Antofagasta



De pe a pa

La Sole terminó de limpiar el water, revisó las siete piezas y chequeó el aseo de la cocina. Cruzó el amplio living, tomó su bolsa y salió de la casa. Bajó hacia la costa y tomó la locomoción al norte. Noventa minutos después, entraba a su pieza. El piso de tierra apisonado aún guardaba la humedad de la mañana. Entró al baño; el olor le reprimió las ganas. Sin sacarse la ropa, se metió en el catre y con la vieja colcha se cubrió completa. Con los ojos cerrados, la Sole oró por estar pronto en el sur.

Raúl Rocco, 52 años, Antofagasta



El viejo se muere

Ahí está cayéndose a pedazos con toda la piel ajada de sol, trabajo y mar. En el mismo lugar donde inició todo lo que vendría. Como paradoja dividiendo siempre a ricos y pobres hasta sus últimos días. Por un lado, sus amigos de manos duras y curtidas en sus embarcaciones de colores, llenas de pájaros. Apretados en el bullicio fiestero y el sabor de la resaca. Por el otro, los mandamases en sus naves blancas, manos tersas y risas moderadas en fiestas correctas. Todos miran cómo se muere. Sin fiesta, glamour, ni homenaje, pobre y abandonado.

Juan Véliz, 36 años, Antofagasta



Los hombres románticos

Un anciano pasea siempre por el centro de la ciudad, asomando su cabellera blanca, sus ropas raídas y su piel curtida, en busca de quién sabe qué diablos. Una tarde, según información proporcionada por testigos, un joven iba camino arriba cuando cruza la intersección de Condell con Prat y un auto lo arrolla. Según algunos, consciente del semáforo que daba rojo, esperó a que un auto pasara para lanzarse a la calle. Entre la gente que rodeó el cuerpo apareció el anciano. Perplejo, lo tomó entre sus brazos y lloró desgarrado. Esa es su única conexión conocida con el mundo.

Cristofer Cepeda, 21 años, Antofagasta

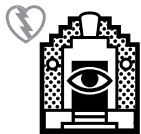


La visita

Mención honrosa 2010

Cada domingo, Viernes Santo y Fiesta de los Difuntos, mi abuela Clara me llevaba donde la animita de calle Valdivia. Cuando niña me entretenía contando las placas, jugando con las velas, haciendo monos con cera tibia. Cuando crecí, me aburría un poco y buscaba la manera de escabullir la visita. Mi abuelita me amenazaba con castigos sobrenaturales y yo, después de una mala nota o algún desamor, arrepentida, la acompañaba. Mi abuela murió en la madrugada, durante el sueño. He estado pensando en qué le voy a decir a la animita cuando me vea sola con las velas.

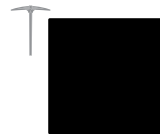
Soledad Montecinos, 36 años, Antofagasta



Los que no aparecen en televisión

Sintiendo un fuerte dolor en el pecho, un maldito dolor de cabeza y una leve tensión en su espalda despertó Luis, don Lucho para los amigos. Un sonido ambiguo, lo último en sus oídos y una picota en su mano. Encerrado sin poder salir. Un profundo miedo se apoderó de él ante el horror de estar bajo tierra, momentos felices con su familia que nunca pudo tener y la voz de su mujer cada vez más fuerte en su cabeza... esa voz que sentía tan real que le decía: "Otra vez con tus pesadillas, Luis".

José Solar, 20 años, Antofagasta



Prioridades

Prioridades: cumpleaños de mi hija... No estoy. Navidad y Año Nuevo 2007... No estaba. Murió mi amigo... No me dejaron bajar. Ando triste y deprimido... Igual subo. Quinto aniversario de matrimonio... No estaré. Soy minero. El cerro manda.

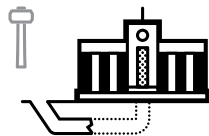
Anna Apollonio, 45 años, Antofagasta



Minero de Caspana

Con cada golpe del combo los fragmentos de roca rozan mi piel, el polvo irrita mis ojos, satura mis fosas nasales e invade mi paladar con amargo sabor. Veo a mi hermano y sobrino haciendo lo mismo. El comprador requiere el mineral en tamaño reducido, tamaño que no ha logrado conseguir el eterno sol ni la más helada noche y tampoco el más potente explosivo. Esta vez, el polvo del manganeso ennegrece mi sudor, desgarrar mi garganta y una angulosa roca me impacta, haciendo fluir mi sangre, pero también recuerdos, sueños y esperanzas... mañana mi hijo ingresará a la universidad.

Luis Castillo, 42 años, Calama



Un viaje en segundos

Un beso en la frente, le arropo mientras duerme tranquila, vuelvo a la cama junto a mi mujer, su aroma inconfundible se me mete por la nariz hasta calar al fondo de mi cabeza, el abrazo lánguido de quien descansa plácidamente me hace buscar en la tranquilidad de su pelo la paz propia. Pero el ruido de la mina y sus radios que siempre hablan me vuelven a poner el casco y a situarme donde realmente estoy: en las entrañas de una tierra que nos regala a cambio de lejanía su oro.

Gonzalo Norero, 30 años, Antofagasta



Paisaje del Mercado

Ella filetea con vehemente pasión cada jurel, merluza, albacora o reineta que llega a sus manos. Él la observa ensimismado cada domingo que pasa a buscar el pescado para su tía Lidia. Con suaves movimientos acaricia, limpia y corta con precisión de cirujano y voluptuosidad de masajista. Él, hipnotizado ante tanta perfección, esa tarde le pidió matrimonio.

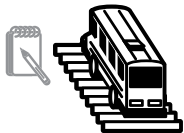
Soledad Montecinos, 37 años, Antofagasta



Ella y él

Ella y él viven en barrios distintos y, por lo tanto, no se conocen. Él, por ejemplo, ahora está esperando su micro. La 112. Ella está bajando una escalera. Un par de veces él ha pasado por esa escalera. Ha subido y bajado por ella, sin embargo, fueron veces aisladas, momentos de su vida que no tienen importancia. Para ella, subir y bajar esa larga escalera es cosa de todos los días. De lunes a viernes, al menos. Si él supiera que con ella, en realidad, no están predestinados a encontrarse, gastaría menos tiempo imaginando historias y escribiendo cuentos.

Antonio Duarte, 29 años, Antofagasta



Rutina

Con esa misma puntualidad que destaca a la gente de su edad, se levanta doña Estela cinco para las siete cada mañana. Se empolva la cara y delinea sus ojos con meticulosa precisión. Son dos cucharaditas de azúcar y una de café las que prepara. Abre su velador y retira el chaleco que tan entusiasmada teje. Se sienta en su silla de mimbre en el pórtico de su casa hasta que se anuncia el crepúsculo. Se rumorea en toda la calle Condell que aún espera a su esposo.

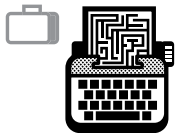
Sebastián Cuadra, 16 años, Antofagasta



Desenlace

Luego de que su mujer le pidiera el divorcio, el escritor comenzó una nueva obra; redactó y desarrolló cada detalle meticulosamente y construyó el más fuerte de los nudos para terminar su propia historia.

Manuel Salazar, 24 años, Antofagasta



Angina

Me hace falta un poco dormir, tocar el play, lento, algo más lento. A Jota lo conocí en la Casa de la Cultura, estuvo obsesionado con De Rokha, se le podía sentir en la voz y la respiración un tanto dura, con una búsqueda terrible. A veces nos quedábamos hasta el final en la sala 13 o mirábamos las pinturas en la sala de exposiciones, con la sensación de continuar en la calle, unas cuadras más allá, un quiosquito, una schopería, con un rastro semilla. Mientras lo recuerdo, desde el tórax me salen unos insectos y la música.

Kamila López, 24 años, Antofagasta



Buscando a Vonnegut

Ya me habían dicho que sería imposible encontrar una novela de Kurt Vonnegut en Antofagasta, pero debía comprobarlo por mí mismo. Cuando estaba a punto de darme por vencido, di con aquella acogedora librería de calle Latorre. Haciéndome el desentendido, comencé a hojear los anaqueles atiborrados de volúmenes técnicos, libros escolares y best sellers, mientras la mujer, mayor ya y de facciones nobles, me observaba por sobre el marco nacarado de sus anteojos. Estaba a punto de acercarme a preguntarle por Vonnegut, cuando se levantó señorial y sin decir palabra me extendió una ajada versión de “Payasadas”. Así conocí a Germana.

Iván Pérez, 37 años, Antofagasta



Insomne

La nueva e inesperada costumbre de hablar con ella antes de dormir, frente a su ausencia, me tiene inquieto e insomne. No puedo dormir sin decirle lo que hice hoy, sé que hacerlo con alegría, intentando sacarle una sonrisa, hará que incluso yo quede agradado con mi día, algo que antes de estas pláticas nocturnas no solía ocurrir. No aparece, me desvelo escribiendo, confiando en que esto acorte mi espera. Quiero hablarle, saber que sonrío y por fin dormir. Estoy cansado, no se conecta. Pestañeo, despierto y al turno. Un día menos para el descanso.

Hugo Gil, 26 años, Antofagasta



Amor y pasión

Ambrosio es un hombre con varios años en el cuerpo, muchos de los cuales ha dedicado a alentar en el estadio al CDA. Religiosamente se le ve caminando los fines de semana rumbo al estadio, en donde tiene su ubicación preferida. Muchos se preguntan por qué siempre el mismo lugar, pero su ubicación tiene un secreto: tres galerías más abajo, doña Carmen mira el partido, con una radio portátil en una mano y la bolsa de las verduras en la otra. Él la mira, como lo ha hecho siempre... calla, como siempre... fin de los noventa minutos.

Enrique Chacón, 28 años, Antofagasta



La cama

Mi mano dibuja el contorno de tu cuerpo; nuestras piernas entrelazadas parecían fundirse aun más que nuestros labios; la piel se eriza bajo tantas caricias y besos exquisitos. Tu pelo resbala por mi cuello: el brillo de la luna se descuelga tenuemente por la ventana. Reímos. Extasiados caemos uno junto al otro, respirando profundo. En el techo se dibujan formas y sueños de lo que podríamos hacer mañana. Me giro para abrazarte. Tal como los últimos dos años, tu espacio está vacío y perfectamente ordenado.

Manuel Salazar, 24 años, Antofagasta



Amor de verano, amor salado

Cantamos “Flaca” a todo chanco con tu guitarra y un six-pack de chela justo frente al guatón Vitoco en Juan López. ¿Te acordai? Aún no había luminaria en el camino principal. Otro día fuimos a celebrar los carros alegóricos de las candidatas tirando velas al mar en vasos plásticos. Nadamos y cuando llegamos a tu cabaña nos queríamos desalar, fuimos al techo a ver si los estanques tenían agua y bajo las estrellas me hiciste el amor, se nos pasó el frío y nos despertó el camión del agua en la mañana. Volví a Antofa y nunca más te vi.

Katherine Velozo, 22 años, Antofagasta

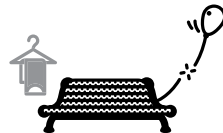


Nuevamente, el viento y yo

Premio al talento joven 2010

Saqué mis mejores jeans del cajón. Saqué mi mejor polera. Me eché un montón de base para que no notaras la enorme espinilla que apareció en mi rostro. Un poco de brillo en los labios. Una tonelada de excusas a mi mejor amiga por no ir a su cumpleaños. Espero sentada en la avenida Brasil junto al intenso viento que hoy me acompaña. Una vez más no llegaste.

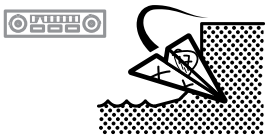
Camila Briceño, 16 años, Antofagasta



Liberación

En la época en que estudiaba Ingeniería, cada vez que me sacaba un rojo íbamos con Maite a La Portada. Yo era negado para matemáticas y por mucho que estudiara terminaba irremediabilmente frente al océano junto a una prueba de cálculo con un 1.7 o un 2.4. Miraba el acantilado y pensaba en las infinitas posibilidades. Un día saltaré, decía, saldré volando rumbo a la liberación. Maite me tomaba la mano en esos momentos de crisis y ponía en la radio canciones de Morrissey. Eso siempre hacía que se me pasara la neura.

Eduardo Salinas, 34 años, Antofagasta



La foto

La novia no soportaba más al viejo del gancho, mira que a las tres campanadas juró estar a punto de soltarse las trenzas. Nadie quería verla solterona, a Clara Benavides, y todo Mejillones se reunía ignorando su libertinaje. Bajo un sol tórrido y el paño oscuro, sobresalían los manotazos del fotógrafo, llorando arrepentido tras el sí en el altar. La esposa le anudó una flor en la solapa. Una viuda morenita resalta en el fondo, el padre se persigna; y cuando al fin estaba a punto de hacerse la foto, paloma blanca bendijo el momento. La madre Augusta enloqueció.

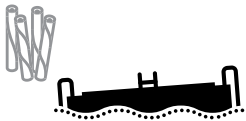
Susana Niemeyer, 17 años, Antofagasta



Doña María, vendedora de cuchufliés y palmeras

Tirarse un piquero desde la puntilla del Balneario Municipal y nadar hasta la balsa, conformaba el mejor entretenimiento de nuestra niñez. El negro Toro, salvavidas sempiterno de la playa, nos retaba, “se van a lesionar cabros porfiados”, ya en la balsa saltábamos como monos para que se bamboleara, asustando a los nadadores que se subían a nuestra posesión. Por recuperar cámaras infladas (flotadores) nos pagaban cincuenta pesos. El flaco Tapia y el chico Rojas tenían el récord, desde la playa a la balsa como treinta segundos, arrancando de doña María, cuando los pillaba sacando cuchufliés o palmeras de su canasta.

Raúl Gutiérrez, 59 años, Antofagasta



Veraneando en Antofagasta

Cada tarde de verano mi familia y yo nos dirigíamos al Balneario Municipal. Éramos seis niños y nos dividíamos en grupos –“Estrellas de mar” y “Locos playeros”– de tres cada uno para hacer competencias en la playa. Nos quedábamos hasta cerca de las nueve de la noche. Un día cuando caminábamos hacia el parque Japonés, nos percatamos de que la gente gritaba y algunos corrían hacia la playa. Nos devolvimos y nos dimos cuenta de que la playa estaba llena de anchoas; el mar las estaba expulsando. Llenamos nuestros juguetes de anchoas y las disfrutamos al llegar a casa.

Paula Rivera, 27 años, Antofagasta



Febrero

Al Balneario preferíamos ir en las mañanas con mi mamá, mi prima grande y mi hermano. Apenas llegábamos nos zambullíamos y no salíamos más hasta que nos llamaban. Nunca entendí por qué a ellas no les gustaba el agua, cuando eso era lo más importante de ir a la playa. Lo único que hacían era tomar sol. Cuando veía que una se levantaba y sacudían las toallas, me daba rabia porque ya nos íbamos a la casa. Pero antes de tomar la micro 4 en Angamos, me ponía muy ansioso, porque mi mamá nos compraba un completo a cada uno.

Ignacio del Río, 27 años, Antofagasta



Jornada

El colectivo se detiene en Angamos con Borgoño. En el paradero un grupo de estudiantes espera la micro. Ríen a gritos porque uno cayó en la acera. El taxista se molesta, un tipo lo ha hecho parar y no subió. Estoy cansado. Entre Ossa y Maipú sube una señora con una bolsa de pan. El colectivero reclama contra los inmigrantes porque se han tomado la ciudad. Recuerdo a mi jefe gritándome por un error que no cometí. Bajo, camino media cuadra. Entro a la casa. “Hola papito”, dice Claudia, y el mundo se ilumina como si la maldad no existiera.

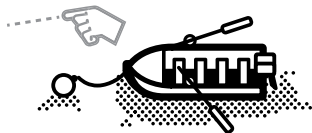
Juan Castillo, 44 años, Antofagasta



Cobija 77

Terminaba de reparar la red, cuando comenzó. Aquel mismo ruido, aquella misma sensación en el pecho. La recordaba bien. Era nítida, como mi primera vez en la mar, en la lancha con mi padre. Esta vez, el miedo me embargaba. Caigo en cuenta de que la razón es aquella criatura que se afirma desesperadamente al marco de la puerta: mi hija. Corro hacia ella sólo para estrellarme contra la arena. La tierra se movía como nunca pensé que podría. Gateo frenético hacia ella, y cuando al fin la abrazo, encuentro su dedo apuntando a esa mar que ya no estaba.

Nicolás Bustos, 26 años, Antofagasta



La Portada quedó desnuda

Cuando el mar comenzó a recogerse, La Portada quedó desnuda. Como caballo desbocado, como monstruo herido, la tierra corcoveó rugiente. Los profetas modernos de oráculos griegos ya lo habían anunciado. Nosotros estábamos allí, después de recorrer ese camino, llevados por recovecos furtivos. Fundidos nuestros cuerpos, no advertimos el mensaje que nos envió la luna llena. Estábamos demasiado abocados a lo nuestro. No recuerdo bien la hora, sólo que todo se anunció como un acto solemne, con el protocolo propio que exigen los dioses griegos. Sólo vimos que el mar se fue. La Portada quedó desnuda.

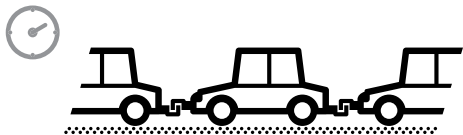
Jaime Peña, 52 años, Antofagasta



Pata de fierro

Cada vez cuento los carros que lleva el tren cuando pasa en medio de la ciudad, como si eso hiciera que el taco desapareciera más rápido.

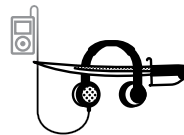
Janett Venegas, 27 años, Antofagasta



Música, próceres y calles

Voy caminando con Los Jaivas por Bolívar, justo en la esquina Daddy Yankee está cuidando unos autos, doblo por San Martín a la plaza Colón donde Quilapayún convive con Nirvana, y más allá Madonna besa el cadáver de Michael. Al llegar a Prat se desata un combate. Por una parte, Silvio deleita a un ciego, mientras Don Omar intenta dejarlo sordo en Ripley. Pasaba frente al Vaticano cuando Los Jaivas me dejaron solo, abandonado en ese campo de batalla, donde vuelan las canciones como balas y acaban con los protagonistas como alguna vez lo hicieron aquellos nombres en las calles.

Sebastián Prieto, 16 años, Antofagasta



El peor de todos

Esta ciudad está llena de malos escritores y yo soy uno de ellos. ¿El peor de todos? Una vez en el centro, en una de sus calles, se acercaron dos muchachos a preguntarme “si yo era yo”. “No”, contesté advirtiéndolo que mis libros son pésimos ejemplos de vida. Después caminé, subí al Caracol y luego entré en un café de calle Prat. La mesera me miró a los ojos y abrió los suyos. Otra vez: “No”, respondí. Cansado ya de no ser yo, o de no querer serlo, busqué algún buen libro en mi repisa, pero no encontré ninguno.

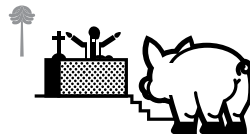
Antonio Duarte, 27 años, Antofagasta



Sureño

Me miran, me empujan, no me hablan, me indican mal las direcciones. Cerros pelados, olor a mar y mucho sol. Extraño el agua del pozo, los amaneceres al pie de la vaca, los ganchos incondicionales, el ulpo y el viento fresco. Mi rancho tiene tejas, no es de esas casas con terrazas. Por más que cruzo las calles, no encuentro el baño al aire libre. Sólo al pensar que estoy rodeado de tierra y que a la vuelta me sentaré por dieciocho horas, me dan ganas de llamar a mi mamita. Es horrible. Me gusta Antofagasta, pero en los libros.

Roberto Krüger, 28 años, Antofagasta



La plaga

Comen de nuestras provisiones, llenan los bares y restaurantes, colapsan el aeropuerto y vías públicas. Y al llegar el tercer día de su estadía, se desvanecen, como espejismos en la pampa. Cinco días más tarde regresan con sus botas mugrientas, cascos fosforescentes y oliendo a cobre.

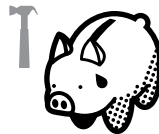
Valentina Irrazábal, 17 años, Antofagasta



Chile sin sueldo

Y, finalmente, no compraron más cobre.

Alejandro Garotti, 31 años, Antofagasta



El Credo

Creo en el pan magro de todos los días; creo en el verbo del muro y su gramática rebelde, creador de la piedra ardiente y el caucho humeante. Nació en la periferia de justicia y progreso prometido; padeció bajo el poder de la oligarquía; fue apartado y acallado; descendió al infierno de la fatiga muerto en la cesantía y porcentajes; al tercer golpe resucitó entre las mediaguas. Subió a las calles y está sentado a la derecha de su terreno tomado, de su pozo séptico. Desde allí habrá de venir a mirar las pancartas y las marchas. Así sea.

Roberto Cuevas, 59 años, Antofagasta



Progreso

Cuando instalaron el letrero de Coca-Cola sobre la torre Pérez Zujovic, lo tomé como si de nuestro epitafo se tratara. Prefiero guardarme lo que pensé cuando enjaularon las ruinas de Huanchaca construyéndoles en frente ese ruidoso monumento. Las grúas que aparecieron repartidas me las tomé como auténticas animitas de nuestros sueños rotos. Pero lo que de verdad me destrozó el alma fue que arrancaran esa banca del ex parque Yugoslavo en la que me informaste, con indiferencia, que tendrías un bebé de otro.

Yerko Zlatar, 27 años, Antofagasta



Mapa de mall

Usted está justo aquí, y nosotros lo tenemos agarrado de ahí.

Carolina Quezada, 25 años, Antofagasta



El boxeador

El boxeo mandaba en las noches dominicales de Antofagasta. A veces las tallas desde las tribunas eran mejores que las peleas. En una de éstas subió un púgil de rudimentarias condiciones. Sin embargo, se llevó las simpatías del rincón de los talleres. “¡La izquierda, Fernández!” , gritaba el Pistola. “El uno-dos, pega y sale. No te quedes, retrocede, busca las cuerdas”, y así durante los dos primeros asaltos del combate, gritando sin parar. Cuando estaba por comenzar el último asalto, el Pistola le gritó fuerte: “¡Sabís, Fernández, pelea tú solo ahora, no te ayudo más!” , ante las carcajadas de la concurrencia

José Ledezma, 73 años, Antofagasta



Miedo

Corrí rápidamente por las escaleras, él sentía el miedo, podía olerlo, mi respiración cada vez más agitada, él tenía hambre, ¡hambre de encontrarme!, me escondí en el ropero, diez segundos después escuché la puerta, sentía cómo buscaba, mi miedo crecía, estaba cubierta por abrigo, abrió lentamente el ropero, pero no encontró nada, cuando pude ver que me buscaba por la siguiente habitación corrí hasta bajar por las escaleras, llegar a la calle hasta el poste de la Coviefi y por fin pude gritar “¡libre por mí y por todos mis compañeros!”.

Paulina Arenas, 16 años, Antofagasta



Infiltrado

Una marcha más en la ciudad, peleando por una educación gratuita y de calidad, todo estaba pacífico hasta que apareció un infiltrado, un animal fuera de lo común en las protestas, no era ni el zorrillo ni el guanaco, no disparó ni agua ni gases ni bombas, pero sí algo peor, su excremento, que cayó sobre el intendente y los carabineros que estaban a su alrededor. Gracias amigo jote por tu apoyo al movimiento estudiantil.

Cristián Zúñiga, 26 años, Antofagasta



Out

“Y le gusta puro calentar el mate”, me comentó, refiriéndose a Miranda, que estaba ocho pasos más allá conversando animadamente con Sebastián, mientras tomaban un café. “Tiene a un montón de huevones calientes detrás de ella... yo no. Tengo esperándome en la casa a mi mujer, que es joven; tiene las pechugas y las carnes duras, porque va al gym”, me dice mientras me observa con ojos de escáner, descartándome.

María Rodríguez, 56 años, Antofagasta



Facebook

¿Qué estás pensando? ¡Por fin es viernes! A Rodrigo Muñoz y dos personas más le gusta tu comentario. Natalia Parra escribió en tu muro: “¿Te tinca ir al boliche? ¿Quieres ver al Pato?”. El sábado a las 14:20 horas Patricio Vergara te etiquetó en cinco fotos. Juan Pedro Arancibia comentó tu foto: “Cómo te pillo”. Juan Pedro Arancibia ahora está soltero. ¿Qué estás pensando? Lunes otra vez, ¡qué lata! A Rocío Vásquez Contreras y seis personas más le gusta tu comentario.

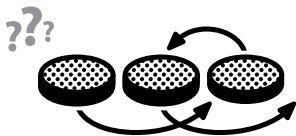
Felipe Lajara, 32 años, María Elena



Pepito

Como siempre, puntual a la misma hora y aunque celoso de los figones, parece tener todo bajo control. Acto seguido cual abejas fieles a su panal, pronto una suerte de curiosos ha hecho un alto en sus quehaceres, dispuestos a ser parte de aquel ensueño. Todo está listo, entonces el maestro de ceremonias se dirige a su público: “¡Señoras y señores, Pepito paga doble!”.

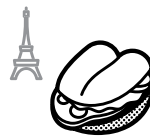
Rosa Catalán, 46 años, Antofagasta



Fashion

Ese día salíamos de paseo. Lo primero, el bloqueador. Los sándwiches para el viaje, los lentes de sol, una revista in para el camino. Empaqué una polera verde, el pañuelo morado, el pantalón café y las zapatillas naranjas. ¡Es tan difícil estar a tono con el desierto!

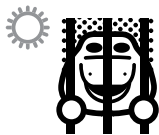
Trinidad Vargas, 21 años, Antofagasta



El dinosaurio II

Y cuando despertó, llevaba el traje de Barney y todavía estaba preso.

Jorge Cifuentes, 23 años, Antofagasta



Ciclista agradecido

Eran las 08:15 de la mañana cuando iba pasando por calle Valdivia con Montevideo, y a través de la ventana de la micro logré ver el momento preciso en que un ciclista enfrenta su cara recién lavada con el cemento de la vereda, justo frente a una animita muy famosa en la cual siempre hay bastantes velas y cirios encendidos. Y son estas mismas ceras resultantes las que provocaron que él cayera, pero creo que también las que amortiguaron el golpe. Ya que él se paró, se persignó y exclamó “¡gracias por favor concedido!”.

Roberto Vega, 33 años, Antofagasta



Juan Cáceres y Eulicio Ramírez

Mi padre tanta fe que le tiene al Evaristo Montt, dice que le ha cumplido al igual que muchísima gente que conozco, la verdad es que le he pedido tantas cosas y nunca ha pasado nada, quizás sea porque tiene demasiados pedidos y aún no alcanza a llegar al mío. Pero ahora todo cambió, les pedí a Juan Cáceres y Eulicio Ramírez y me cumplieron de inmediato. Ellos también murieron en el mismo accidente y nadie les pide nada, quizás esperaban ansiosos que alguien lo hiciera, así que he cambiado de animitas de devoción, ellos sí me cumplen.

Raúl Muñoz, 50 años, Antofagasta



Lico arolado plimavela

Un día sábado en la Vega, camino hacia los condimentos, un canto particular llamó mi atención: “Liiico arolado plimavela, licooo señolita”. Una carcajada brincó de un puesto de verduras, seguida de una graciosa aclaración: “Les traduzco: el chinito quiere decir ‘rico arrollado primavera’”. La gente rió, pero otro grito surgió: “Chino imbécil, cállate”. El vendedor oriental contestó: “Seniol tlabajo honladamente igual que usted, yo lo lespeto y espelo lo mismo”. La concurrencia aplaudió a este simpático personaje que merecía la misma deferencia que un feriante. Así el señor oriental continuó cantando y haciendo más amenas las compras en la Vega.

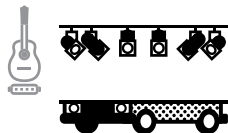
Pilar Sáez, 24 años, Antofagasta



Micro dúo

Tengo que ir a buscar al Tochi porque vamos a cantar a las micros, él con la guitarra y yo con la armónica. Vamos al paradero y agarramos una micro medio llena con un público exigente y muy crítico, por eso siempre lo hacemos lo mejor posible, aunque sea difícil mantenerse en pie y a la vez que no tiemble la voz con cada hoyo en la calle, y aunque a veces pasa y te pegas con un fierro mientras cantas, hay que disimular la risa, ya que no puedo mostrar la hilacha arriba del escenario.

Víctor Maya, 20 años, Antofagasta



La playa

Con el Pedro todas las tardes bajábamos a la playa a vender huevos duros, al principio nos daba vergüenza porque podían vernos niños de la escuela, pero después nos olvidábamos y la pasábamos bien gritando: “Huevitos, huevitos, lleve su huevito”. Un día vimos al guatón Lucho, con las pecas cubiertas de Rayfilter, tomando sol con su mamá y su abuelita, cuando nos quisimos esconder la mamá dice: “¿A cuánto los huevos, mijito?” ¡Nos pusimos rooojos!, pero apechugamos no más, total... el guatón se puso igual de rojo, porque la abuela le había puesto un sombrero como de señora, superchistoso.

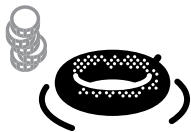
Camila López, 23 años, Antofagasta



Quinientos pesos

John salió con sus lentes Rascaiban y su cámara de neumático. Hizo parar la micro 3 y le dijo si lo llevaba por cien. Justo le tocó un chofer conocido de la pobla. Se sentó al lado del chofer, cortó boletos y en la conversa le preguntó a qué hora pasaba de vuelta. Se bajó en el Balneario Municipal. Compró dos berlines y una bebida, todo por tres gambas. Un rico chapuzón y a dormir un rato. A la hora justa despertó y esperó a su amigo de la micro 3. Le pagó con un berlín de \$100.

Marcelo Herrera, 39 años, Antofagasta



Círculo vicioso

Campeonato Aesda. Clásico del básquetbol, San Luis y Liceo, archirrival. Juegan en calle Orella, gana San Luis. Batalla campal. En minoría los sanluisinos arrancan por Ossa y Catorce. Vuelan piedras. Los leones se refugian en su colegio. Los diablos les rompen todos los vidrios. Satisfechos los diablos se retiran. Ofendidos los leones contraatacan, el Liceo se queda sin vidrios. Los leones retornan, han limpiado su honra. Regresan los diablos, ya no hay qué más romper, apedrean los muros. Se van. Campeonato Aesda. Clásico del básquetbol, San Luis y Liceo archirrival. Juegan en calle Orella, gana Liceo. Batalla campal. Etcétera.

Jorge Ruz, 66 años, Antofagasta



James y Whitney

James Bond salió del hotel con ganas de pasarla chanco. El taxista lo dejó en calle Condell con Maipú, y le indicó que caminara un par de metros hacia la puerta luminosa. Adentro, donde parecía verano, lo recibió Whitney Houston con una cerveza en la mano y un pucho en la boca. Bond se sentó en un sillón de cuero negro y sostuvo en su pierna a Whitney. Siguieron conversando en un motel de calle Serrano. A las diez de la mañana, ya sin maquillaje, Juan Castillo y Rosa Plaza regresaron a sus respectivas realidades.

Rodrigo Ramos, 37 años, Antofagasta



Bienvenidos al cielo

Me despegué de su hombro, me sequé un par de lágrimas antes de abrir los ojos y ver que los colores del cielo estaban rodeándonos con fuerza. El cielo nos recibía con una fiesta y con más vida que nunca, al ser testigos al fin de una vuelta olímpica albiceleste.

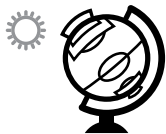
Mario Pérez, 25 años, Antofagasta



La cancha de fútbol más grande del mundo

Siempre asocio a Calama con el sol, mis amigos y mucha alegría. Es cierto, nunca tuvimos acceso a lagunas ni parques, pero eso jamás nos importó, nos bastaba una pelota para transformar el desierto en la cancha de fútbol más grande del mundo.

Manuel Pincheira, 36 años, Antofagasta



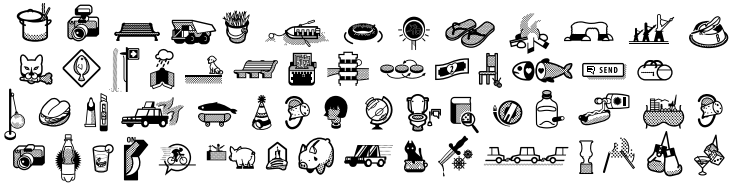
El goleador

Mención honrosa 2011

Armando es de esos niños prodigios con la pelotita. Para él no existe el norte ni el centro ni el sur cuando se trata de jugar. Los arcos tiemblan cuando lo ven venir. Un día se dio cuenta de que le faltaba una portería por vencer. Fue donde su padre y le dijo: “Papá, llévame a La Portada”.

Pablo Toro, 27 años, Antofagasta





ENVÍA TUS CUENTOS A LA III VERSIÓN DE
"ANTOFAGASTA EN 100 PALABRAS"
 Y PODRÁS SER PARTE DE LA PRÓXIMA EDICIÓN DE ESTE LIBRO.

CONVOCATORIA ABIERTA ENTRE EL 4 DE MAYO Y EL 29 DE JUNIO DE 2012.

BASES Y ENVÍO DE CUENTOS EN WWW.ANTOFAGASTAEN100PALABRAS.CL
 CONSULTAS A INFO@ANTOFAGASTAEN100PALABRAS.CL



LOS MEJORES 100 CUENTOS

**antofagasta
 en 100 palabras**